

Madrid, 28 de junio de 2007

**Acto en Memoria del Profesor Enrique Fuentes Quintana**

Banco de España/UNED

**Miguel Fernández Ordóñez**  
Gobernador del Banco de España

Hay dos clases de economistas: los poetas y los fontaneros. Leí ésto hace un año en el blog de Greg Mankiw, y me parece la mejor clasificación de la profesión después de la indispensable de los bien orientados y los mal orientados. Los economistas-poetas son los que nos descubren algo que no habíamos visto antes aunque a muchos de ellos les suele importar poco si sirve para algo o el uso que se hace de sus ideas. El economista-fontanero es el que utiliza lo descubierto por otros para arreglar cosas, el que aplica la economía para conseguir mayor bienestar para sus conciudadanos.

Yo quiero hacer el elogio de Enrique Fuentes como el economista que quiere arreglar cosas, porque estoy seguro de que otros lo harán como economista-poeta. Yo quiero recordar hoy a ese Enrique que creía fervientemente en la capacidad de la economía para cambiar las vidas de sus conciudadanos y dedicó su vida a difundirla e intentar que los políticos la aplicaran.

Poco puedo hablar de su faceta de profesor, que es justamente la que él más apreciaba. La razón es que, estudiando dos carreras, averigüé que se podía convalidar la difícil asignatura de Fuentes en Económicas con la Hacienda Pública de Derecho, que apenas exigía esfuerzo. La optimización de mi tiempo me impidió conocer al profesor. La primera vez que pude hablar con él fue mucho después, como Presidente del Tribunal de Oposición a Economistas del Estado, cuerpo hoy fusionado con los Técnicos Comerciales al que él pertenecía, y recuerdo bien lo que, en la cena con los miembros del Tribunal nos dijo a los que aprobamos: “*Les recomiendo que no caigan en la tentación de buscar un lugar cómodo y alejado de dónde están quienes dirigen la Administración. Busquen un despacho, aunque sea incómodo, muy cerca del Director General*”. Aquella frase resumía bien dos de sus características: su pasión por influir y su entusiasmo por trabajar.

Todos le concedemos a la pereza un tiempo en nuestra vida. Seguramente Fuentes también, pero reconozco que yo nunca lo percibí. El quería disfrutar de la vida y para él, que nunca se jubiló, trabajar era disfrutar. En la recomendación de aquella cena mostraba también su pasión por influir. Influir era la forma en que entendía su tarea de conseguir que los conocimientos económicos se aplicaran en su país. Otros deciden utilizar sus conocimientos económicos para transformar la realidad accediendo a puestos ejecutivos relevantes y desde ellos ejercen las posibilidades que permite el poder. Y es que el economista-fontanero tiene al menos dos posibilidades de cambiar el mundo con la economía: mandar o influir.

Enrique Fuentes prefirió influir a mandar. De su densa y larga vida profesional estuvo ejerciendo el poder sólo siete meses y ello porque no pudo negarse a asumir la responsabilidad de la Vicepresidencia que le ofreció el Presidente Suárez en un momento que era trascendental para la Historia de España. Estos días alguien ha dicho que, como Vicepresidente, Fuentes hizo lo posible por que no se repitiera la maldición que Dionisio

Ridruejo observó en la Historia de España: que la democracia nunca duraba porque siempre llegaba en los peores momentos económicos. Lo que es cierto es que en esos pocos meses, ayudado, sin duda, por muchos otros, Fuentes consiguió sacar adelante los pactos de la Moncloa, que, junto con el Plan de Estabilización y la entrada en la Unión Europea constituyen los tres cambios claves de la historia económica española del siglo XX.

Enrique Fuentes tenía clara esa idea de que la Economía no es simplemente un divertimento intelectual, sino que es a la sociedad lo que la medicina es para los individuos, que les puede ayudar a vivir mejor. Y lo puso en práctica en primer lugar, como servidor público. Por ejemplo, con Manolo Varela que hoy está aquí, y con otros muchos, participó en la transformación fundamental de la Economía Española en los años 50 del siglo pasado. Hoy son pocos los que son capaces de imaginar el extremo al que llegó la autarquía del régimen surgido de la guerra civil. Una vez me contó una reunión del Ministro de Comercio de la época con el Director de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes en la que éste presentó un papel cuadriculado, que extendió sobre la mesa porque media casi dos metros, en el que se mostraba cómo las curvas de oferta y demanda del aceite de oliva no se cortarían más que pasadas varias décadas, por lo cual el Director consideraba imprescindible mantener durante esos años la intervención pública de ese mercado.

Enrique era todo menos ingenuo, y era consciente de los intereses específicos que frenaban todas las reformas liberalizadoras que buscaban mejorar el funcionamiento de los mercados. Cuando me hice cargo de la Comisión de Energía me advirtió de los intereses del sector y me contó que, cuando era Vicepresidente, el documento repartido en el Consejo de Ministros que discutió el Plan Energético Nacional, llevaba el membrete de la Patronal que lo había elaborado. Al Comisario de Energía de la época se le había olvidado borrarlo. También en 1980, cuando algunos empresarios pedían aumentar la protección (desgravaciones a la exportación, coeficientes de inversión, etc.) y más gasto público, para superar la crisis, Fuentes, con la ayuda de Manuel Lagares, les criticó duramente, defendiendo la economía de mercado y la seriedad presupuestaria, lo que le valió que aquellos empresarios pidieran que se “achatarrara” a esos economistas y se les “exportara” fuera de España.

Seguramente por eso, porque se dio cuenta de que no bastaba con influir en los que deciden sino que en una democracia es importante que la opinión pública entienda la necesidad de las reformas económicas para que los gobernantes se vean respaldados o forzados a establecerlas, decidió dedicar una buena parte de su trabajo a convencer al conjunto de la población de las bondades de la Economía. Su labor de difusión, en prensa y en otros muchos ámbitos, fue extraordinaria. Para muchos de los que en 1960 estábamos terminando el colegio, fue todo un descubrimiento –el de la Economía- el que cayera en nuestras manos el magnífico libro de política económica de Enrique Fuentes y Juan Velarde.

Medio siglo después, ese libro se puede leer sin sentir demasiado rubor, lo que no se puede decir de otros escritos de esa época, en la que, no olvidemos, se escuchaban cosas como aquella de un Ministro de entonces que, abrumado por la evolución de unos datos, les dijo a los periodistas que “*las estadísticas son cosas de comunistas*”.

La condición de servidor público es muy importante ya que permite, a quien se lo propone, influir cualquiera sea el signo de los Gobiernos. Enrique Fuentes, pudo influir positivamente incluso en un régimen no democrático, y siguió haciéndolo al margen de la coyuntura política. Consciente de las posibilidades de influir que tiene un economista – ya sea como servidor público ya sea como difusor en todo tipo de publicaciones – , Enrique Fuentes dio un paso más y dedicó su envidiable energía a que el país contara con un buen número de profesionales bien formados y bien orientados. Por eso la tarea a la que dedicó más tiempo a lo largo de su vida fue la de formar economistas. Quizá por esa experiencia propia, por darse cuenta de la posibilidad que un economista tiene de transformar su propio país y avanzar en el bienestar, es por lo que consideró importantísimo que los economistas de un país estuviesen bien orientados; que conocieran bien todo lo que se estaba haciendo en el mundo y de esta forma pudieran usarlo en su país para mejorar las condiciones de los ciudadanos.

Esta es la tarea excepcional a la que se dedicó Enrique Fuentes y con una profundidad y extensión única. La última vez que me pidió algo Enrique fue en mayo del año pasado. Yo formaba ya parte de la Comisión Ejecutiva del Banco de España pero todavía no era Gobernador y me pidió que presentara su última aventura editorial, una revista titulada **Libros de Economía y Empresa** en la que mostraba, con más de 80 años, su energía, la decisión de no cejar hasta el final en difundir el conocimiento de la Economía. Ahí, en la Academia, mientras él presidía el acto tuve la ocasión de expresar lo que pensaba de su obra y hoy lo repito, desgraciadamente, en su ausencia.

Dije, y no creo que fuera desmesura, que aquéllos que se dediquen a buscar las razones del espectacular desarrollo de la economía española en los últimos cincuenta años deberían introducir, entre sus explicaciones, la labor de Enrique Fuentes Quintana. Y no estaba pensando en su desempeño como Ministro de Economía y Vicepresidente del Gobierno. Como he dicho, su gestión en ese puesto fue clave para restablecer los equilibrios y orientar las políticas económicas en la dirección correcta pero ha habido otros ministros con parecidos méritos. Él mismo, con una modestia asombrosa, decía siempre que Miguel Boyer había sido el mejor Ministro de Economía de la democracia. Lo que es único de Enrique Fuentes Quintana, lo extraordinario, es su singular y casi descomunal labor en la difusión de las ideas económicas, sobre todo por la trascendencia que la propagación de estas ideas ha tenido en España para la adopción de políticas correctas. No es fácil encontrar en la Europa continental un fenómeno de difusión de las ideas económicas parecido al que se ha producido en España

en la segunda mitad del siglo pasado. Ciertamente otros países nos han superado y nos superan todavía (aunque hemos ganado mucho terreno en los últimos veinte años), en el campo de la investigación económica, en la calidad del trabajo académico. Pero basta leer los periódicos, reunirse con funcionarios de otros países o, por ejemplo, seguir con atención los comunicados de los Sindicatos, para darse cuenta de que otros países no disfrutan de ese nivel de homogeneidad de ideas económicas que se encuentra en España, que no cuentan con ese consenso mayoritario sobre la estabilidad macroeconómica y la importancia de la competencia en el funcionamiento de los mercados.

Papeles de Economía, Hacienda Pública Española o ICE, por citar sólo unas pocas de las numerosas aventuras intelectuales de Enrique Fuentes Quintana, son revistas que han jugado un papel crucial en generar ese consenso y, en consecuencia, han sido instrumentos determinantes de la orientación, básicamente acertada, de la política económica española de las últimas décadas.

La labor de Enrique Fuentes Quintana es sólo comparable a la de esos *think tank* que nacieron en Estados Unidos y posteriormente surgieron algunos pocos en Europa y que en España son prácticamente inexistentes. Enrique Fuentes Quintana, él sólo era un *Think tank*.

Y es que en Economía no basta con que las ideas sean correctas sino que, para ser eficaces, deben ser compartidas. En otras áreas del conocimiento, como la medicina por ejemplo, basta con que el experto -reconocido por sus pares- conozca los remedios para que los enfermos los acepten. En Economía no basta ni siquiera con que coincidan las segundas o terceras opiniones de expertos, en Economía es esencial que la opinión pública comparta las opiniones de los expertos para que puedan ser aplicadas. La difusión y aceptación de las ideas económicas es absolutamente imprescindible para el éxito de las mismas y éste es un activo que tenemos en España y que debemos preservar.

Hoy vivimos felizmente en un país muy distinto al que Enrique Fuentes Quintana ayudó a cambiar. La mayoría de los empresarios están sometidos a la competencia y son pocos los que disfrutan de monopolios o privilegios, por lo que son más los partidarios de la liberalización y de la contención del gasto público que en el pasado. Nuestra participación en la Unión Europea ayuda, además, a que mucho de lo ganado se defienda más fácilmente frente a tentaciones intervencionistas. Pero recordemos lo que decía Hayek de la Economía, que a diferencia de lo que sucede con otras ciencias, que se van construyendo sobre los conocimientos aprendidos y nunca se va hacia atrás, la Economía es una ciencia extraña en la que se produce el olvido y cada cierto tiempo se requiere volver a recordar lo elemental. Hoy hay menos cosas que arreglar y por tanto podemos permitirnos el lujo de tener más poetas. Ojalá dure esta situación pero, para lo que todavía falta por reparar y para evitar las marchas

atrás, debemos mantener la memoria de Fuentes como un mentor para todos los economistas que decidan dedicarse al servicio público.

Pensando en su ejemplo y como reconocimiento a su obra, quiero anunciarles que próximamente contaremos con la cátedra Banco de España en FEDEA Fuentes Quintana, que estará dedicada a la investigación sobre educación y capital humano.

Y con ésto finalizo, para dejar tiempo suficiente a otros que glosarán muchas más facetas de Enrique Fuentes, ya que su personalidad y su capacidad de trabajo daban para mucho más de lo que cualquier otra persona es capaz de hacer.

Muchas gracias